

} Aprender cada día |

Autor: José Vicente Oltra (Director del Instituto de Consultores de Dirección)

Creo que a estas alturas, ningún empresario que se precie de serlo, se cuestiona la necesidad de un aprendizaje continuo en todos y cada uno de los puestos de la empresa, pero si cabe más cuando están pensando en cómo poner en práctica aquello que han aprendido en sus estudios académicos (loable actitud), pero ¿cuántos de ellos se plantean su formación empresarial como un objetivo de continuidad?

La pregunta que flota en el aire de casi la totalidad de los flamantes departamentos de Recursos Humanos que se han venido desarrollando en la mayoría de nuestras pequeñas y medianas empresas al amparo de las subvenciones europeas a la formación y sobre todo de los cursos financiados por el FORCEM es: ¿Qué pasará con nosotros cuando se acaben las subvenciones a las acciones formativas? ¿Cuántos empresarios están verdaderamente dispuestos a mantener en el futuro la frenética actividad formativa “subvencionada” actual?

Otro caso muy frecuente es la del hijo del empresario que abandona los estudios a temprana edad para incorporarse a la empresa. “El dinero es muy goloso”, nos dicen, “y yo no valgo para estudiar”, y con esta excusa, los padres aceptan, con resignación unos y con cierta satisfacción interior otros, esta situación.

En mi opinión, este tipo de actitudes anticipan el fracaso de esas empresas familiares, ya que cuando se pierde la visión a largo plazo de los objetivos empresariales por el efímero disfrute de los placeres inmediatos, se está marcando la pauta de lo que será el futuro. Una correcta planificación estratégica es determinante para marcar la diferencia entre una empresa capaz de diseñar, determinar y alcanzar su propio futuro y otra que se deja arrastrar por el devenir de los acontecimientos. En este sentido resulta especialmente reveladora la cita sobre el cuento de Lewis Carrol “Alicia en el País de las Maravillas”: Si no sabes hacia dónde vas, entonces es igual hacia dónde camines; y deberíamos añadir que lo más probable es que nunca se llegue a ninguna parte.

Más bien al contrario, cualquier joven empresario que se precie de serlo, debe procurar que sus conocimientos y habilidades directivas estén acordes a las necesidades que el futuro demandará de él para mantener su empresa en el seno de la competitividad.

Desde hace unos pocos años, en el campo de las habilidades directivas, han aparecido nuevos conceptos formativos, entre los que destaca la importancia dada al desarrollo de la Inteligencia Emocional, ese conocimiento que se adquiere no sólo con la educación académica, sino, sobre todo, con la experiencia, la práctica y el tiempo; sobre todo el tiempo.

Y aquí es donde debemos tener los ojos bien abiertos, y ser lo suficientemente humildes como para saber aceptar las lecciones que la vida nos va ofreciendo, tanto de aquellos que reconocemos como maestros o mentores, como de aquellos que no dudamos en menospreciar o incluso despreciar.